

Dime, que no te escucho

Por **Helena López-Casares Pertusa**

Leyendo los artículos más actuales de gestión empresarial que se publican por los periódicos y las revistas que van dirigidas a directivos, se observa que hay un denominador común en todos ellos: En la mayoría se apelan a normas que, quizá, nuestros antepasados verían más propias de las buenas maneras y la educación. Y es que, a pesar de nuestros estudios, de nuestra preparación y nuestra cada vez más amplia capacidad de análisis y de vislumbrar los cambios, parece como si hubiéramos dado pasos hacia atrás en lo que a relación con personas se refiere.

Exigencias, malos modos, pésimo uso del lenguaje, desprecio y menosprecio son constantes en la vida empresarial, una especie de selva en la que se han perdido las buenas maneras y la educación.

¿El problema? Creo que hemos arrinconado la verdadera dimensión del ser humano. Sí, sí, no se sorprendan. En este mundo nos hemos olvidado de que no hay vasallos ni señores feudales, hay personas que tienen diferentes posiciones en la vida, las cuales son complementarias. Pero desgraciadamente nos medimos por lo que aparentamos y lo que tenemos. Es decir, vivimos en una realidad de percepciones superficiales.

Centrémonos en un término muy oído y utilizado últimamente: el coaching. Esta palabra tan de moda, que en realidad lleva entre nosotros unos cuantos siglos, sino remontémonos a la mayéutica de Sócrates, es el arte de hacer que aflore todo el potencial que alguien lleva dentro con el fin de aumentar al máximo su desempeño. Es decir, se trata de ayudar a alguien a aprender.

De esta definición se puede deducir que el coach, es decir, el entrenador, debe ser al menos una persona paciente, equilibrada, capaz de vislumbrar ese potencial oculto y poseer una enorme capacidad de escucha.

“La habilidad de escuchar afecta a la calidad de las conversaciones que mantenemos y a nuestras relaciones con los demás”

¿Escucha? ¿Pero cómo se puede tener esta actitud activa en un mundo en el que sólo estamos dispuestos a atender a aquello que responde a nuestros intereses, que impulsa nuestros estímulos y está de acuerdo con lo que pensamos?

Ante la pregunta ¿se considera usted un buen oyente? la mayoría de nosotros contestaríamos que NO siempre, pero que normalmente sabemos escuchar al otro.